

Editorial

Camino hacia un ausentismo científico-tecnológico

En general se ha considerado en Venezuela que el desarrollo de la investigación ha estado circunscrito en tres etapas.

La primera, a partir de los años 60, en la cual el gobierno y universidades se esmeraron en la promoción y financiamiento de la investigación. Fue entonces cuando el Estado creó el CONICIT, y las universidades, los Consejos de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico (CDCH), con lo cual impulsaron la formación de recursos humanos de cuarto nivel (principalmente en formas de becas al exterior), que todavía hoy son de primordial importancia para el mantenimiento de la actividad científica en varias universidades y centros de investigación especializados.

La segunda etapa corresponde a las décadas 70 y 80 cuando se produce un incremento de la tasa de inversión en Investigación y Desarrollo en la medida en que fueron incorporados créditos externos y el desarrollo económico se expandía, pero muchas veces sin metas o planes concretos a largo plazo por parte del Estado. Las universidades fueron llamadas a participar en los denominados Planes Nacionales de Ciencia y Tecnología; sin embargo, estos planes carentes de coherencia y en contradicción con la visión universitaria, eran incluso sumisos a intereses transnacionales y causaron desmedro en el desarrollo humano, científico-tecnológico sustentable, nacional e independiente.

La tercera etapa ocurre en las postrimerías de los 80. Se produce una constricción acentuada en la medida en que no se pudieron garantizar los pagos de los intereses de la inmensa deuda contraída. Los presupuestos universitarios y de otros centros de investigación fueron congelados, afectando la incorporación de personal de reemplazo (generación de relevo). Es allí donde se inicia (por la pérdida del poder adquisitivo, debido a la inflación y variaciones en la tasa de cambio con respecto al dólar) en forma solapada, la emigración de cerebros, acarreando como consecuencia un deterioro enorme en la producción científica de cuarto nivel.

Además, las nuevas políticas gubernamentales neoliberales profundizan, de alguna manera, el divorcio Universidad-Estado-Empresa. Las primeras tratando de mantener una actividad y desarrollo autónomo y los segundos, presionando para convertir a las universidades en centros de producción, equivalentes a empresas o deslastrando al Estado de su responsabilidad de financiamiento mediante la "sugerencia" del cobro de matrícula.

Se concibe la idea de que las universidades son centros con alto potencial de producción, debido principalmente a su capacidad intelectual y física; desvirtuando su función formadora de recursos humanos y creación del conocimiento mediante la investigación,

sustituyéndola por una empresa de prestación de servicios, muchas veces compitiendo con empresas del propio Estado o particulares. Los profesionales y técnicos dedicados a la actividad de investigación, pierden posiciones económicas y sociales, debido a la devaluación de su salario y dedican entonces parte de su actividad a las luchas gremiales o alternando con prestación de servicios para mejorar su nivel de vida.

Se tiene que tener presente que desde tiempo atrás muchos de los que tuvieron actuaciones importantes en nuestro país, ya sea en lo político, cultural, militar, religioso, médico, incluyendo algunos Próceres, se formaban en el exterior y luego regresaban a aplicar y desarrollar sus conocimientos. Sin embargo, después del Viernes Negro en 1983, Venezuela pasó de ser un país atrayente para los inmigrantes a ser una nación exportadora de talentos. Esta anomalía ha sido favorecida porque, aun con limitaciones, es todavía costumbre hacer postgrados y demás cursos en Europa o Estados Unidos, principalmente en ciertas disciplinas que necesitan estímulo. En general, estos profesionales están dotados de gran voluntad y acción que les permite desarrollar destrezas y habilidades, por lo cual, al finalizar su estadía interinstitucional, les ofrecen una serie de beneficios socioeconómicos y de avance profesional que los incentivan a quedarse; regresar implicaría retroceder en el desarrollo de su carrera por no tener el apoyo de instituciones especializadas, por falta de instrumental, ausencia de laboratorios, limitaciones de fondos para viajar a Congresos, insuficiente presupuesto para los proyectos de investigación, dificultad para publicar artículos científicos o registro de patentes; en fin, un futuro incierto en contraposición con las normales expectativas de crecimiento personal y familiar. Así, la sociedad deja de percibir el beneficio que le corresponde por los preciosos recursos (tiempo y dinero) que empleó en su formación.

Las universidades son las más afectadas por estas descarriadas actuaciones, ya que generan casi un 80% de la investigación. En Venezuela, las universidades están desanimadas y las ofertas de trabajo son muy deficientes, las plazas para profesores a dedicación exclusiva son prácticamente inexistentes, y en el caso de conseguir una posición para el aspirante a profesor, hay que esperar meses y hasta un año para poder recibir el primer salario, con el agravante de percibir salarios de los más bajos a nivel internacional. Así se tiene que para 1982 un profesor Titular universitario ganaba 3.100 dólares mensuales, en 1995 percibía 800 dólares, en 2013 el Estado venezolano ofrece 425 dólares, pero que para estos momentos está alrededor de 250 dólares, mientras que Canadá paga mensualmente a sus docentes a dedicación exclusiva alrededor de 9.500 dólares; Colombia, Ecuador y otros países latinoamericanos, 4.000 dólares.

Es importante que el Gobierno haga una revisión mediante un análisis exhaustivo de lo que está sucediendo con sus investigadores y tener presente que Venezuela para conquistar su desarrollo, su verdadero progreso, el impulso económico, la producción nacional, la búsqueda de calidad de vida, necesitaría un fortalecimiento científico y tecnológico que genere y aplique conocimiento, claves primordiales que faciliten la apertura industrial y así alcanzar un bienestar social, que es el gran reto que anhelan los venezolanos.

Prof. Miguel A. Sánchez Gómez
Editor